

Tomás Donato Gallo



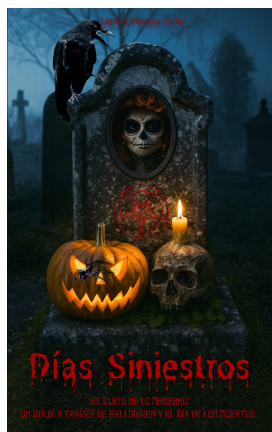
Días Siniestros

EL CULTO DE LO MACABRO:
UN VIAJE A TRAVÉS DE HALLOWEEN Y EL DÍA DE LOS MUERTOS.

DÍAS SINIESTROS

El Culto de lo Macabro: Un Viaje a través de Halloween y el Día de los Muertos

Tomás Donato Gallo



Muestra de lectura · © Tomás Donato Gallo / Rooster Books Publishing · Uso promocional

PRESENTACIÓN

Un recorrido por las raíces rituales, históricas y culturales de Halloween y el Día de los

Muertos. Samhain, hogueras, máscaras, linternas, brujas, cementerios, memoria y culto a

los muertos aparecen como estaciones de una historia mayor: la forma en que las sociedades

convierten el miedo y la pérdida en rito, imagen y celebración.

El Culto de lo Macabro: Un Viaje a través de Halloween y el Día de los Muertos

EN ESTA OBRA ENCONTRARÁ...

- 1 El murmullo de los huesos y las máscaras de la noche
- 2 Cuando los muertos caminan entre nosotros: génesis de lo macabro
- 3 – Halloween: la noche en que el velo se quiebra
- 4 El murmullo encendido del Samhain
- 5 La noche en que el velo se desvanece: Samhain y la grieta del mundo
- 6 Hogueras de hueso: adivinación, ofrendas y la aritmética del terror
- 7 El gremio de los sepultureros y las velas errantes

A continuación comienza una muestra seleccionada del texto original.

MUESTRA DE LECTURA

El murmullo de los huesos y las máscaras de la noche Escribo para Usted en la curva descendente del año, cuando la tierra suspira y el frío afila sus uñas. Afuera, las hojas caídas crujen como reliquias; adentro, las paredes recitan oraciones que nadie enseñó. No es casual que el mundo prefiera estas fechas para hablar de los muertos: el calendario ha aprendido a fingir inocencia mientras nos conduce, mansamente, hacia el umbral. Entre Halloween y el Día de los Difuntos (Commemoratio Omnium Fidelium Defunctorum), entre la víspera de Todos los Santos (Sanctorum Omnium) y la memoria que alimenta a los ausentes, se tiende un corredor de sombras tan útil como temible. He venido a guiarle por él. Mi tesis — permítame confesarlo desde el inicio — es que la humanidad no celebra la muerte: la estudia, la analiza, la investiga. Con candelas, con pan, con música, con máscaras; con teologías y con terrores domésticos. El Samhain celta enseñó que el límite entre los mundos es una membrana respirable; la Iglesia latina comprendió que la respiración también se administra y superpuso solemnidades donde antes ardían hogueras de hueso (bone-fire) . Más allá del Atlántico, Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl instruyeron a los vivos en la gramática del retorno: no basta recordar, hay que abrir camino con flores de cempasúchil y agua, como si el mundo de abajo (Mictlán) padeciera una sed que sólo el ritual sacia. No caminaremos solos. Nos acompañarán la oscuridad cortés de Horace Walpole con su *The Castle of Otranto* (1764) , la precisión mórbida de Edgar Allan Poe en *Tales of the Grotesque and Arabesque* (1840) , la melancolía analítica de Sigmund Freud en *Das Unheimliche* (1919) , la arqueología de la muerte de Philippe Ariès en *L'Homme devant la mort* (1977) , la cartografía del dolor intermedio de Jacques Le Goff en *La Naissance du Purgatoire* (1981) , y la gran sinfonía comparada de James George Frazer en *The Golden Bough* (1890–1915) . Pero también nos rozarán las liturgias de otras latitudes, recordándonos que este corredor de otoño es planetario: el Obon () japonés, cuando las linternas invitan a los ancestros a casa; el Qingming () chino, donde las tumbas se barren como si el polvo también fuera parte de una oración; el Zhongyuan o Festival de los Fantasmas Hambrientos (), la noche en que el hambre del otro mundo se hace audible; el Pitru Paksha () hindú, con sus ofrendas de agua; el Ma'nene toraja (de la isla Sulawesi, en Indonesia), que viste a los muertos cada dos o tres años para recordarles que aún pertenecen a la comunidad que los vio vivir; el Gai Jatra () nepalí, en el que una vaca — psicopompa paciente — encabeza la procesión; el Chuseok () coreano, con su memoria agrícola que es también genealogía. Las fechas cambian; el nervio es el mismo: dar a los ausentes un lugar en el presente, aun a

precio de inquietar a los vivos. A Usted le hablo en primera persona porque este libro no pretende ser un archivo inerte: es un descenso guiado. Asumiré, con el respeto de un anfitrión y la solemnidad de un sepulturero, que la teoría sin atmósfera no enseña. Por eso mi estilo procurará ser erudito — porque la noche tiene historia — y gótico — porque la historia tiene sombras —. Cuando en las páginas aparezca el Purgatorio (Purgatorium), no lo nombraré como concepto, sino como geografía por la que hemos pasado todos en sueños; cuando evoque el Infierno (Infernum) o el Seol (Sheol, שְׁאוֹל), lo haré como quien añade una coordenada a un mapa secreto; cuando asome la Gehenna (Γέεννα), le daré su fuego y su olor. El itinerario es triple. Primero, Halloween: su prehistoria celta, las máscaras que confunden, la linterna maldita de Stingy Jack, el teatro judicial de Salem, la corazonada astrológica de Escorpio — signo húmedo y fijo donde la vida aprende a volverse otra cosa — y la colonización industrial del miedo. Después, la bisagra: la estrategia de la Iglesia para reunir lo disperso, plegar calendarios, inventar un lugar intermedio donde los vivos negocian con el dolor de los que vagan ardiendo en una letanía sin consumirse. Finalmente, el Día de Muertos: la pedagogía del espanto mesoamericano, el álgebra del cráneo en el tzompantli, la arquitectura del altar como diagrama del inframundo, la música que acompaña a los que vuelven. Sobre todo, la tensión contemporánea entre devoción y espectáculo: qué se pierde cuando la Catrina se vuelve mercancía y qué queda cuando el turista se va. Si alguna vez Usted sintió — al apagar una vela — que el cuarto respiraba, si alguna vez oyó — al cruzar un cementerio — que el suelo ajustaba su esqueleto entre el paso trémulo y el estremecimiento, entonces entenderá por qué escribo: no para espantar, sino para tomarle las medidas al espanto. Abra conmigo la puerta. Hay pasos del otro lado. Y, como siempre, nos estaban esperando.

Introducción Cuando los muertos caminan entre nosotros: génesis de lo macabro En el principio fue el calendario. No la cronología banal, sino la arquitectura emocional del año: estaciones que son teologías. Octubre cae como una lámpara fatigada y noviembre la recoge con dedos fríos. Entre ambos, tres jornadas espesan la respiración del mundo: víspera de Todos los Santos (Sanctorum Omnium), Día de Todos los Santos y Día de los Difuntos (Commemoratio Omnium Fidelium Defunctorum). La cultura occidental, que se precia de haber domesticado a la muerte, ha preferido hablarle en voz baja justo aquí, cuando la luz se inclina y el viento trae mensajes de raíces. Es entonces cuando Halloween, con su genealogía de Samhain — hogueras de hueso, máscaras que fingen ser pieles, adivinaciones que le arrancan una sílaba al futuro —, se encuentra con el rígido andamiaje cristiano y con un Nuevo Mundo que ya sabía, antes de ser nombrado así, que la muerte camina y come y escucha. Permítame proponer un método. Cada capítulo de este libro iniciará con una cita literaria, como quien enciende una lámpara antes de

bajar una escalera. La literatura — tan propensa a lo oscuro — nos da vocabulario cuando la voz tiembla. No confío en los miedos sin gramática: prefiero que Horace Walpole , Ann Radcliffe , Matthew Gregory Lewis y Edgar Allan Poe allanen, con sus *Otranto* (1764) , *Udolpho* (1794) , *The Monk* (1796) y *Tales* (1840) , el suelo por el que pasaremos. También oiremos a Sigmund Freud y su *Das Unheimliche* (1919) , a Philippe Ariès con *L’Homme devant la mort* (1977) , a Jacques Le Goff con *La Naissance du Purgatoire* (1981) ; y convocaremos a James George Frazer con *The Golden Bough* (1890–1915) cuando el mundo requiera comparaciones. El enfoque será transdisciplinario y, sin embargo, deliberadamente lúgubre. No me limitaré a decir que los celtas observaban el tránsito del ganado: afilaré el filo ritual de sus hogueras y dejaré que el humo suba con su olor animal; no sólo recordaré que Salem fue histeria y patriarcado: le devolveré a las audiencias los ojos de las acusadas y el goteo de cera de las velas en la madera de la sala; no me contentaré con trazar la invención del Purgatorio (*Purgatorium*) : le pondré escaleras, hornos discretos, oraciones equivalentes a monedas. Y cuando hable del Día de Muertos , no agotaremos la didáctica del altar: trazaremos sus niveles como pisos del inframundo y escucharemos, al pie, cómo tiembla la música cuando el que vuelve se sienta a la mesa. He recibido — y agradezco — el mandato de tender puentes con conmemoraciones del resto del mundo. Lo haré en cada capítulo, porque la muerte es políglota. Así, cuando hablemos de máscaras, oiremos el eco del *Obon* () y su danza *Bon Odori* (); cuando estudiemos el pan de ánimas europeo, veremos la mesa del *Pitru Paksha* (); cuando encendamos calabazas, recordaremos que el *Zhongyuan* () pide lámparas a orillas del río; cuando la procesión visite el cementerio, la compararemos con el *Gai Jatra* () y con los cometas de Sumpango en Guatemala, que rasgan el cielo para que lo alto responda; cuando analicemos la necro-hospitalidad, iremos a Tana Toraja y su *Ma’nene* , donde el amor añade sonidos al tiempo con agujas y botones. No busco sumar exotismos, sino devolver a lo propio su carácter universal: Somos la especie que organiza el miedo para poder tocarlo. El zodiaco — me lo permite Usted — no será un adorno sino una retórica: Escorpio , signo fijo de agua, guardará la metáfora química de la putrefacción fértil, el veneno que cura en dosis exquisitas, la metamorfosis que disuelve para que algo nuevo cristalice. Marte (antiguo regente) nos prestará el hierro, Plutón (regente moderno) nos dará la bóveda subterránea. En estas páginas, Escorpio no será superstición, sino la intuición cultural de que la vida atraviesa un laboratorio oscuro antes de merecer otro nombre. No todo será doctrina. Habrá historias en primera persona — testimonios imaginados con servidumbre documental —: un druida que arroja huesos a la hoguera y escucha, en el crepitar, el nombre de un niño aún no nacido; una beata medieval que recita letanías por un alma que le ha encendido la boca con

el sabor del cobre; un tlacuilo novohispano que dibuja a Mictlantecuhlti y descubre que los pigmentos, al secarse, huelen a tierra recién abierta. Serán nuestros guías; no para complacernos con fantasmas, sino para colocar — en el oído correcto — la voz del archivo. He prometido rigor y terror. Cumpliré ambos. Las notas, las fechas, los títulos — que Usted verá siempre como los he de escribir: autores en negrita y obras en negrita cursiva con fechas (en *itálicas*) — darán sostén a la arquitectura; la atmósfera hará lo demás. Si en algún pasaje encuentra que el aire se enfría, no cierre el libro: es buena señal. Estaremos cerca de una verdad. Porque, al final, lo macabro no es un gusto, sino un método: la manera más honesta que encontró la cultura para preguntarse por qué seguimos aquí cuando todo lo que amamos está llamado a irse. Lo invito, entonces, a entrar. En el primer tramo, la lumbre del Samhain iluminará los bordes del camino; más adelante, el Purgatorio (Purgatorium) nos venderá tiempo a cambio de oraciones; al fin, los altares de noviembre encenderán su arquitectura de fuego, sal y agua. Si el corazón se acelera, recuerde: no estamos perdidos; estamos estudiando. Y los muertos, pacientes como maestros, nos observan aprender.

Prefacio de la Primera Parte El murmullo encendido del Samhain Hemos cruzado ya el pórtico de la intención y la justificación; ahora, el camino se abre hacia la primera estación de este viaje: Halloween y sus raíces más hondas. No piense Usted que se trata de un simple desfile de disfraces y luces naranjas: lo que veremos es un tejido de siglos en el que la máscara no oculta, sino revela; en el que la linterna no ilumina, sino condena. Esta sección es, pues, un descenso al laboratorio del miedo primigenio. La primera parte de nuestro itinerario se dedica a explorar cómo la humanidad, desde el celta Samhain hasta la modernidad postindustrial, ha inventado formas de domesticar el espanto. Nos aguardan máscaras que son espejos, calabazas que guardan almas, hogueras que arden con el hueso de los sacrificados, y juicios de brujas donde la histeria se vistió de religión. Escorpio — el signo de agua en el que la muerte fermenta y se transforma — será nuestro guía zodiacal, recordándonos que todo en este tramo es putrefacción fértil: — lo que muere se transmuta, lo que se corrompe fecunda. Aquí nos asomaremos al rostro duplicado de la festividad: por un lado, el miedo ritual, necesario como pedagogía del límite; por otro, la mercantilización moderna, que ha convertido el horror en espectáculo. No es contradicción, sino metamorfosis. En esta primera sección, recorreremos los senderos de lo macabro como lo hicieron los druidas con sus hogueras, los jueces de Salem con sus hogueras judiciales y los poetas modernos con sus hogueras literarias. Halloween, en su genealogía más profunda, es el espejo donde la cultura aprende a reconocerse mortal. Las páginas que siguen nos devolverán, con la precisión del mito y el eco de la historia, esa sonrisa vacía que acompaña al hombre desde que el mundo descubrió que la oscuridad también puede

organizarse.

Capítulo 1 La noche en que el velo se desvanece: Samhain y la grieta del mundo
 «Los límites que separan la Vida de la Muerte son, en el mejor de los casos, sombras movedizas.» — Edgar Allan Poe , *The Premature Burial* (1844) A Usted le confieso que cada 31 de octubre siento una presión en las sienes – de hecho, mi Padre, cruzó el umbral de esta vida un 31 de octubre -, como si el cielo, fatigado de sostenerse, descendiera un palmo y con él trajera respiraciones ajenas. A esas horas profundas de oscuridad, el mundo recuerda su técnica más antigua: abrir un pasaje. Los celtas lo llamaron Samhain , y no era sólo un nombre, sino una operación. Allí el calendario se plegaba sobre sí mismo y la noche adquiría la densidad de un sótano inundado. El ganado era reconducido, el fuego reordenado, los juramentos renovados; y, sobre todo, se reconocía que la sutil membrana entre los vivos y los muertos admitía dedos, susurros y, a veces, cuerpos enteros. No crea que exagero: el rito conocía una gramática precisa. La comunidad se reunía en torno a hogueras cuyo combustible no era simple leña, sino un repertorio de restos — huesos, grasas, pieles — destinados a perfumar el aire con una semiótica brutal. En ese humo, que subía como una columna gris, se practicaba la adivinación: las chispas y el crepitar eran una sintaxis donde el druida leía la cosecha y la salud, la alianza y la ruina. Alrededor, máscaras hechas con pieles animales — hocicos, cornamentas, plumas — borran la identidad, no por juego, sino por necesidad estratégica: si los muertos atravesaban, debía confundírseles con su propia iconografía. Era una diplomacia del espanto. Permítame tender el primer puente comparado, porque Usted me lo exige y el mundo lo merece. En Japón, durante el Obon (), las linternas escoltan a los ancestros hasta casa; en China, el Zhongyuan () — Festival de los Fantasmas Hambrientos — convierte a los vivos en cocineros de lo invisible; en India, el Pitru Paksha () ofrece agua y arroz para refrigerar la sed de los padres; en Indonesia, los toraja practican el Ma'nene , visten a los muertos y los pasean para que el vínculo no se deshilache; en Nepal, el Gai Jatra () deja que una vaca dirija la procesión como psicopompa paciente; en Guatemala, los cometas de Sumpango rasgan el cielo para enviar mensajes a los difuntos; en Corea, Chuseok () es una cosecha que, como Samhain , también es pura genealogía. La intuición es universal: los calendarios, cuando están bien hechos, abren portales. Samhain , sin embargo, insiste en su propio color. Lo que en otros lugares es reverencia, aquí es negociación a cielo abierto. No basta encender una vela: hay que interrogar al fuego. No basta tender una mesa: hay que borrar el rostro. De ahí el núcleo tenebroso de la fecha: «quien no protege su perfil, lo pierde» , dice un proverbio irlandés que me contaron, y que, desde tiempos inmemoriales circula por las húmedas calles de Galway . Por eso me dirijo a Usted en primera persona: porque no se trata de saber, sino de hacer.

... La lectura continúa en la edición completa.

FIN DE LA MUESTRA



DÍAS SINIESTROS

La lectura continúa en la edición completa.

AMAZON

KINDLE / EPUB

Disponible en Amazon · eBook Kindle/EPUB · Rooster Books Publishing